

LA AVELLANEDA EN EL DIARIO DE LA MARINA.

Por Roberto Santos

D.M. marzo 27/947.

CORRIA el año de 1845. La sociedad «Liceo de Madrid», que era el cenáculo obligado para las manifestaciones del intelecto, había convocado a un certamen poético, en el que se anunciaban un primer premio y un accésit a las dos mejores obras celebrando la clemencia de la Reina, al indultar de la pena capital a un reo político. Don Vicente Bertrán de Lis, allegado de éste, sufragaba, en agradecimiento, los gastos que el concurso ocasionase, incluso los premios.

Abiertos los pliegos, se vió que el accésit correspondía a Gertrudis Gómez de Avellaneda, y que el trabajo correspondiente al primer premio era de un señor Felipe Escalada, al que nadie conocía en el campo de las letras. La aclaración no se hizo esperar. «Tula» era la autora de ambos trabajos premiados, habiendo tomado para firmar uno de ellos el nombre de un hermano por parte de madre, oficial de Ingenieros, bien ajeno al asunto. El público inmenso que llenaba el «Liceo» tributó a nuestro Poeta la mayor de las ovaciones de su historia, en medio de un entusiasmo delirante. En ausencia de la Reina, sobre las sienes de la Avellaneda colocó el infante D. Francisco una hermosa corona de laurel, de oro.

El caso de la Avellaneda, sobre el tapete ahora a causa del centenario de su natalicio, ocurrido éste el 13 de marzo de 1814, es tal vez único en la historia de la Literatura universal, puesto que puede decirse que desde los primeros años de su vida, antes aún del uso de la razón, se destacaron en la camagneyana inmortal la vocación y las cualidades de excepción que habrían de convertirla en el

decursar de los años en Príncipe excelso de las Letras. A los seis años entonaba cantos de dolor a la memoria de su padre, y a los siete, sin saber leer todavía, dictaba versos a sus compañeras de colegio. A los ocho, hilvanaba un cuento de hadas: «El gigante de cien cabezas». A los nueve, se sabía de memoria lo más sobresaliente de los escritores clásicos de la época. Siguió creciendo consagrada por entero a una vocación irresistible, que era su misma vida. Poesías, novelas y dramas, representados algunos por aficionados, fueron condenados al fuego, pues no podían satisfacer a quien sentía crepitar en su pecho aquella divina e inextinguible llama, creadora de arte y de belleza sublimes.

Hija de D. Manuel Gómez de Avellaneda, capitán de Marina de Puerto Príncipe, fué su madre Doña Francisco Artega, apellido éste que parece destinado a dar a Cuba sus mayores y más legítimas glorias. Casada aquélla en segundas nupcias con D. Tomás Escalada, oficial del regimiento de León, hubo de ser trasladado a La Coruña y allí fueron todos en 1836. En Santiago de Cuba, antes de embarcar, escribió su célebre soneto de despedida: «Perla del mar, estrella de Occidente...»

Un año o poco más duró la permanencia de «Tula» en Galicia. Pontevedra, Vigo, Santiago de Compostela eran, además de La Coruña, sus lugares predilectos y, aunque la diferencia de clima no se avenía bien con la sin par hija del Trópico, parece indudable que el panorama de ensueño de las Rías Bajas gallegas, la catedral de maravilla, el dulce espiritual sosiego y el misticismo austero y a veces medroso que en la ciudad del Apóstol se respira por doquier, ejercieron, quizás sin darse cuenta ella misma, un influjo que había de revelarse luego en los momentos más trascendentales de su vida.

Después, a Sevilla, cuna de su padre. Su primera novela «El mulato Sab», de tono abolicionista. Su primer drama «Leoncia», que en varios teatros aplaudieron con entusiasmo. Más tarde a fines del 40, a Madrid, donde su pseudónimo «La Peregrina» se hizo célebre. La fama y la gloria que le salían al paso, la envolvían y la abrumaban. Su labor fué inmensa. Se adentró, hasta la propia entrafía en todos los géneros literarios y en todos ellos con refulgencias propias, como astro de primera magnitud que era. Desde el verso bucólico hasta el épico; lo mismo la oda que la anacreóntica eran para nuestro Poeta excelso el campo propicio para expandir sus cualidades excepcionales, pa-



ra acrecentar su fama, para consolidar más y más su gloria. Sus últimas obras fueron, en la novela, «El artista bárbaro», en 1861. En la lírica «Devocionario poético», en 1866, y en el drama, «Catilina», de carácter histórica y de gran aparato escénico.

En el prólogo de la edición de sus obras, hecha en 1841 dice Nicomedes Pastor Díaz: «Nadie podría, sin agraviarla, negarle la primacía sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en éste como en los pasados siglos».

Amores tormentosos—Cepeda, Tassara—, platónicos y sin esperanza: Don Juan Valera. Amores santos y puros del matrimonio —Sabater, Verdugo—, puede decirse que ni en ellos ni aún en la ansiada maternidad, halló «Tula» felicidad ni sosiego. La paz relativa de su alma y el aquietamiento de sus apetencias había de hallarlos aquí, en la tierra, en el remanso de la casa de Dios, en largos meses de dolor y arrepentimiento. Su alma, noble y buena, a pesar de las borrascas de una vida febril, iba preparándose para el saldo de cuentas final, Burdeos, la casa de Loreto, casa del Señor. Oro y lloró.

Aquí, en La Habana, hubo también para el poeta eximio las flores del triunfo consagrado y las refulgencias de la apoteosis. El «Liceo» la coronó igualmente de laureles de oro en una fiesta esplendente y magnífica.

Durante su estancia entre nosotros fué colaboradora dilecta del DIARIO DE LA MARINA. De ella es la siguiente carta que reproducimos:

«Sr. Director del
DIARIO DE LA MARINA.

Muy señor mío y amigo:

Tres meses hace que deseo, y me propongo cada día, comenzar la grata misión que V. ha tenido a bien confiarme, de recrear de vez en cuando con alguna novelita original a los numerosos y constantes suscriptores del apreciable periódico que V. dirige. Pero todo mi anhelo de complacerle se ha estrellado hasta ahora en una absoluto falta de tiempo, que V. comprenderá sin duda, puesto que sabe lo que es en La Habana la instalación de un periódico, y que por mi desgracia me hallo metida en esa empresa magna.

Sin embargo, no quiero en manera alguna dar causa para que V. sospeche que tengo en olvido mi promesa, o que me tomo menos interés por su periódico de V. que por el mío; y toda vez que este último logró al cabo ver la luz (¡Dios sabe con qué tra-

bajos!), allí van esos capítulos para comienzo de mi colaboración en el privilegiado DIARIO bienaventurado entre todos los de la Isla, pues es el único que marcha sin tropiezos y perances.

Sólo pido a V. el obsequio de que haga presente a sus ilustrados suscriptores que—al ofrecerles estas desaliñadas páginas—no abrigo pretensión alguna, como ahora se dice. Declaro desde luego que no soy inventora de los sucesos que en ellos se refieren, ni puedo reclamar como creación de mi humilde ingenio ninguno de los caracteres que juegan en este drama doméstico.

Dolores, mi estimado amigo, existió realmente, como todos los personajes de esta historia, que parece novela, y cuyos principales hechos hallará V. en las crónicas de aquel tiempo, si bien no tan detallados como en otra que yo guardo entre papeles de familia, y de la cual ha sido extractado el extraño episodio que a V. remito, y que acaso me interesa más que interesará al público, por la circunstancia de ser gentes de mi sangre los que decuelan en él.

De todos modos, me lisonjea la esperanza de encontrar benevolencia en los lectores, y en V. la convicción de que no es por falta de buena voluntad el no mandarle otra producción más amena.

Su afectísima amiga, atenta servidora, Q. B. S. M.,

Gertrudis Gómez de Avellaneda
Habana, julio, 1860».

Am. Mary 27/47

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA